



ODETTE

*Es propiedad de los editores.—
Hecho el depósito que marca
la ley.*

ODETTE

Adaptación literaria de la película
basada en la obra de
Victoriano Sardou



Protagonista:

Francesca Bertini

Exclusiva:

FILM ~ PIÑOT

AÑO 1

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 9

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla de las Flores, 80, 1.º

Teléf 4656 A. — BARCELONA



Talleres Gráficos propios:

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.-BARCELONA

Corresponsales: En todas las poblaciones de España y América

O D E T T E

I

La condesa Odette estaba triste.

Su tristeza era honda, infinita, con profusa raigambre en lo más profundo de su alma, siempre insatisfecha de no sabiase qué.

El tedio la consumía. El peso de las horas la aplanaba.

Su hogar, un tiempo nido de amor, tenía, para ella, la huraña y hosquedad de la celda, y el poder ensombrecedor de la cárcel.

Los salones — amplios, luminosos y fastuosamente decorados — de su morada, se le antojaban espesos muros de sórdido mechinal. Por ellos

vagaba como una sombra de sombras, espectral, como el fantasma de sí misma.

Sus ojos carecían de brillo; sus labios de color. Y era su tez pálida, cérea, que hacía más blanca la negra cabellera que la enmarcaba.

En vano su marido, el conde Augusto Clermont, trataba de averiguar la causa de tan inexplicable tristeza; inútilmente se esforzaba por lograr que floreciera la sonrisa en la boca — nidal de besos — de su esposa. La condesa, permanecía esfíngica, cerrada como un sepulcro, tal que si no llegara a su alma ni el eco de la melódica parlería de su hija, la niña de las áureas guedejas y los ojos luminosamente bellos, la criatura que aromaba con el perfume de su infantilidad el vasto e inconfinado espíritu del autor de sus días.

El conde idolatraba a Sarita. Junto a ella, capriciosa y matinal, olvidábase de la inquietud en que vivía por la perenne tristeza de la condesa. ¡Cuán distinta la hija a su madre! Esta, bella, de turbadora hermosura, semejava un ramo de lirios aprisionado en un búcaro; aquélla, clara, diáfana, parecía un manojo de alelíes que temblaban en su tallo.

¿Amaba la condesa a su hija? ¿Qué madre, por poco prósidos que sean los manantiales de ternura, no ama al ser que vivió en ella, que nació de ella? Pero el cariño era como caricia de sol de tarde, como fragancia de rosal en otoño, como romanza que se extingue, igual que aquella salida de la caja armónica, al pulsar indolentemente la condesa el marfilíneo teclado... ¡aquella romanza,



Pero pronto apareció en el palco un nuevo personaje...

siempre inconcluida porque cada nota era un suspiro o una lágrima!

— Me voy — anunció el conde inopinadamente a su esposa —. Es preciso que emprenda viaje esta tarde mismo. No sé lo que durará mi ausencia, que procuraré sea corta; pero si algo ocurre telegrafía a mi corresponsal Bautenec.

Odette se esforzó por ocultar la satisfacción que experimentaba. Alguien, más psicólogo que su marido, hubiera podido leer claro en la mirada de la condesa, cuyo rostro pareció iluminarse.

Partió a la hora indicada Augusto Clermont; y Odette, libre ya de su esposo, apareció bien otra, sin aquella su taciturnidad, sonriente, hasta jubilosa... ¿Qué secreto se agitaba en el fondo de su conciencia? ¿Qué sentimiento tremaba en la entraña de su corazón?

Odette dijérase que había salido de un letargo. Y, diligentemente, con ese apresuramiento inflexible propio de quien se dispone a vivir unas horas gratas, procedió a hacer su tocado.

Ya los ojos de la condesa no tenían la pátina de las melancolías hondas; ya sus labios, rojos como flor de granado, no permanecían herméticos. El cambio en ella operado fué súbito y radical. Ante el espejo, que le devolvió su imagen, encontróse bella, y sonrió...

* * *

La aparición de la condesa Odette en el palco del teatro levantó murmullos de admiración. En

ella, espléndidamente hermosa, fueron a converger todas las miradas.

Acompañaban a la aristócrata, dos amigos de su marido: Bechamel y Felipe. Pero pronto apareció en el palco un nuevo personaje: el *gentleman* Cardillac, el arrogante, apuesto, «bello» y un poco cínico Cardillac, a quien amaba Odette apasionadamente...

Prudentemente se retiraron los amigos del conde Clermont; y la esposa infiel y su... amigo, ajenos a cuanto les rodeaba, sin conceder la menor importancia a los comentarios a que su conducta diera lugar, engolfáronse, impulsados por las vehemencias que conducen al pecado, en un diálogo que iba poniendo en tensión sus nervios.

Los dos se acercaban al borde del abismo; los dos parecían atraídos por una misma fuerza infernal. ; los dos tegían aquella tela de araña en que podían quedar envueltos...

Terminado el espectáculo, acompañaron hasta su palacio los tres caballeros a la condesa, entregando ésta, a Cardillac, al estrechar su mano, la llave de una puerta secreta.

Después, Odette, como madre amantísima que ajustara sus acciones a los dictados de su conciencia, penetró en la cámara de su hija, dando un beso al puro amor de sus amores en otro tiempo puros.

Ante la niña, dormida, la condesa se entregó a profundas meditaciones — pensando en que no tenía derecho, por satisfacer ella un capricho, a labrar la desventura de la que llevó en su seno. Y

el remordimiento asomó a su alma antes de cometido el pecado...

En tanto, Bechamel y Felipe, encontraron en la escalera, al abandonar el palacio, al conde Clermont, cuyo anunciado viaje, por causas ajenas a su voluntad, tuvo que suspender. El caballero Augusto invitó a sus amigos a pasar un rato en su compañía, subiendo todos a las habitaciones de Clermont.

Pero antes de tomar éste asiento, cree percibir un leve rumor de pasos...

Justamente alarmado, pónese en acecho, y a poco ve, atónito, abrirse una puerta, apareciendo, como un ladrón, el cínico Cardillac.

Salta el conde sobre el intruso; le agarra fuertemente; le zarandea...

Cardillac, sin inmutarse, dice:

— Juro por mi honor que la condesa es inocente...

— Está bien, caballero. Sé cómo he de castigar a quien penetra en mi casa como pudiera hacerlo el más vulgar ladrón.

La escena, aunque breve, fué violenta. Y mientras Bechamel y Felipe se llevan al infame, el conde, dolorido, abrumado, se precipita en el dormitorio de su hija, y, después de colmarla de besos, la traslada de habitación.

Odetto, como un fantasma, temblando al menor crujido de un mueble, vaga por los aposentos sin luz del palacio donde acaba de estallar el drama...



Ante la niña, dormida, la condesa se entregó a profundas meditaciones...

II

FRENTE a frente se encuentran la esposa infiel y el marido burlado.

—¡Malvada!—masculla, iracundo, el conde. —Tenía fe en ti como en las cosas sagradas... y no has vacilado en derrumbar y entenebrece el alcázar de luz de mi espíritu... ¡Te desprecio!

La condesa niega obstinadamente su culpa.

—¡Cobarde! Ni aún tienes el valor de confesar tu delito... ¡Vete! ¡Me repugnas!

Llorosa, Odette, va a refugiarse en el dormitorio de su hija; mas viendo el lecho de ésta vacío, queda aterrada.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! — clama, despavorida, yendo a caer a los pies del esposo ofendido.

—Tu hija está muy por encima de tus infamias — responde el conde.

Y Odette implora, suplica, arrasados los ojos en lágrimas, y temblando como pajarillo en la nieve.

¡Todo inútil! El marido ultrajado se muestra inflexible.

—¡Vete! — ordena.

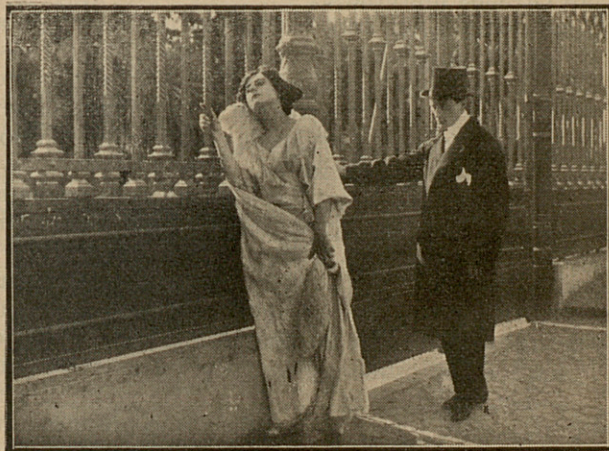
Y transida de dolor, mordida por todas las bocas del remordimiento, la condesa abandona el palacio.

Ya en la calle, permanece agarrada a los barrotes de la verja que jamás se abrirá a su paso... y luego se va... ¡para siempre!... a no sábase donde...

* * *

A la mañana siguiente, en el Bosque de Bolonia, el conde Clermont y el cínico Cardillac, cruzaron sus aceros.

En el encuentro resultó herido el esposo ultrajado...



Ya en la calle, permanece agarrada a los barrotes de la verja...

III

RODARON los días; pasaron los años.

Padre e hija instaláronse en Provenza, buscando aquel alivio a su dolor en el olvido, y creciendo Sara como flor de invernadero, sin caricias maternas.

La condesa, en tanto, paseaba por la bulliciosa Nápoles el loco desenfreno de su vida tumultuosa. Ella también quería olvidarse de su culpa; mas en vez de seguir por caminos de perfección, se aventuraba por todas las sendas de pecado, hundiéndose en el fangal de las pasiones.

Y en su andorreo a través de mil insospechadas sensaciones, en su carrera hacia un ocaso como ninguno fatal, halló a un príncipe cuyo amor le brindó un magnífico palacio. En él se instaló Odette, y en la fastuosidad de aquellos salones rindióse ante la gran mundana, una gran parte de la sociedad amorfa con sus sentimientos en quiebra.

Allí la visitó Bechamel, llevado de un nobilísimo impulso para rogar a la condesa que pusiera freno a sus desvaríos.

— No olvidéis, señora — la dijo — que sois madre. Y por lo mismo que vuestra hija os considera muerta, no cometáis la avilantez de envolver su inocencia con la ignominia.

— ¡Ah, mi hija! — murmuró la condesa —. ¡Qué lejanos aquellos días en que ritmaba su corazón con el mío!...

Y Odette, para borrar de su imaginación un recuerdo que la ensombrecía, aspiró con deleite el turbador aroma de una droga infernal, como si el pasado la horrorizara más que un porvenir incierto.

Bechamel la habló de sus deberes, del abismo que cada día iba ahondando más con su conducta, de la conveniencia de buscar, bajo otros cielos, el sedante reparador a su vivir inquieto, de fiebre, de torbellino.

— Vivid en buena hora — la aconsejaba — esa ficción de dicha; pero no hagáis infeliz a quien dedica a vuestra memoria lo más florido de su corazón.

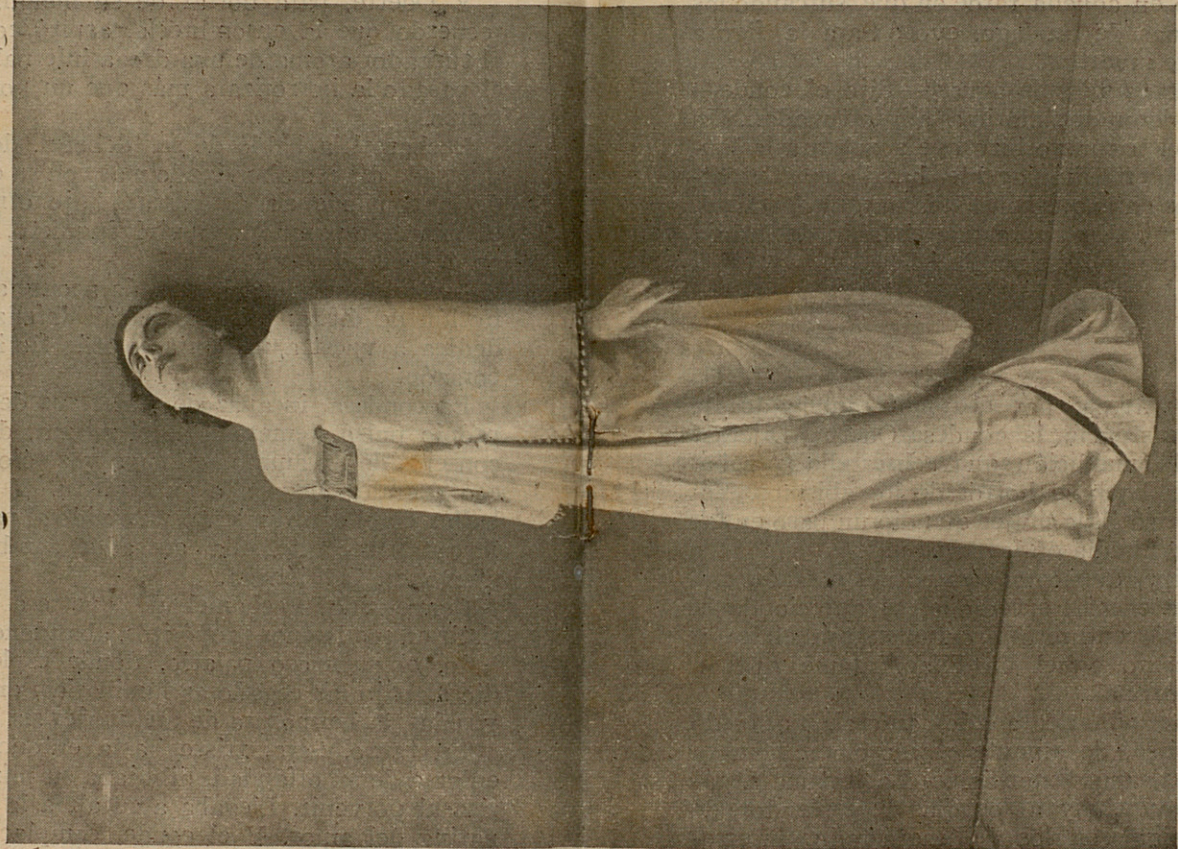
La condesa, incapaz de poner sus dedos en el propio pulso, temerosa de sí misma, desoyó los consejos de un amigo leal cuya voz sólo como un eco dormido llegaba a su espíritu. Y pensando hallar en el aturdimiento un olvido al pasado que levantábase ante ella acusador, zambullóse de nuevo en la ciénaga.

Convencido Bechamel de que era inútil insistir en sus buenos propósitos, abandonó, contristado, el suntuoso palacio, donde esplendía, radiosa, bajo las cegadoras luminarias, entre joyas y sedas, la hermosura de una mujer sin corazón...

En tanto, Sara, triste hasta entonces por el enigma de su orfandad, dibujaba su primera sonrisa al porvenir. Llegaba a su alma la dulce sonatina del amor. Y el conde, complacido, alentaba al amor naciente...

De vez en vez, padre e hija exhalaban un sus-

De vez en vez, padre e hijo exhiben un
tubo al amor naciente...



Con todo, llegadas las fiestas del Carnaval,
canta: ¿qué será mañana?

piro, como en aquella tarde en que, surcando las quietas aguas de un lago, evocó Sara la figura de la madre muerta...

— Son estas mismas aguas — dijo el conde — las que sirvieron de sudario a la infortunada... Un descuido del barquero hizo que zozobrara la lancha, y la Muerte, implacable, hundió sus descarnados dedos en lo que constituía nuestra felicidad.

¡Piadosa mentira, para que el labio de la hija que oraba, no pudiese maldecir!

IV

PRECIPITÁBASE por el plano inclinado de su existencia, la condesa Odette. Dijérase que la maldición que sobre ella pesaba, arrastrábala hacia el horror de los abismos. Veleidosa y versátil, la mujer que dió un paso en las sombras, se hundía en la negrura.

Al príncipe, dueño un tiempo del corazón que a nadie pertenecía, sucedió, en el aprecio de la condesa, el aventurero Frontenac, tan cínico y malvado como aquel Cardillac infame que la arrojó al barrizal.

Frontenac, vil, degrauado, amoral, no tardó en convertirse, de amante cariñoso, en hombre adusto, en tirano despreciable. La fortuna negábase sus favores, y a los días de esplendor, de derroche, siguieron los del inquietador interrogante: «¿qué pasará mañana?».

Con todo, llegadas las fiestas del Carnaval,

Odette concurrió a las mismas. Necesitaba olvidarse no ya del pasado, sino del presente que lindaba en lo miserable. Como náufrago pronto a ser devorado por las implacables olas, la condesa se agarraba a todas las maderas flotantes. Aún podía hacer frente a la vida. Conservaba todavía restos de la perdida hermosura y era su anhelo salvarse del naufragio, aunque se hundieran Frontenac y cuantos, como él, declarábanse impotentes para vencer en el rudo combate del infortunio.

* * *

Las calles de Niza aparecieron engalanadas. Bajo la comba azul de su cielo, chisporroteaban los colores y las risas. Corría, por las arterias de la ciudad, la locura y el fausto, embalsamándose el aire con el penetrante aroma de las flores que alfombraban la carrera. Desde las carrozas, espléndidas, magníficas, bellísimas mujeres sostenían empeñada lucha, empleando para vencer al adversario, «bouquets» de flores en vez de proyectiles.

Era una fiesta de color, de sonidos, de fragancias, a la que asociábase el cielo — azul purísimo —, el sol — oro líquido —, el arte y la belleza.

Y en aquel festejo asombroso, fantástico, de risas desbordadas y explosión de entusiasmo, fué donde la condesa Odette, gallarda, triunfal sobre su carro que semejava un jardín, esperi-

mentó, al cruzarse en la carrera con aquella criatura pálida, vestida de blanco que sonreía al amado, una sensación extraña, mezcla de pesar y de alegría. En ella reconoció, la madre pecadora a su hija, sintiendo irreprimibles deseos de gritar: — «¡Ven a mis brazos, hija mía!». Pero la misma vergüenza de aparecer indigna ante la joven, flor de pureza, ahogó el grito en su garganta... y bajo la lluvia de pétalos desaparecieron, en sentido opuesto, la niña de las trenzas doradas y la que le diera el ser.

Pero la blanca visión entrevista un instante en el fragor de la alegre batalla, no se apartó jamás de la mente de la condesa que sentíase más madre que nunca...

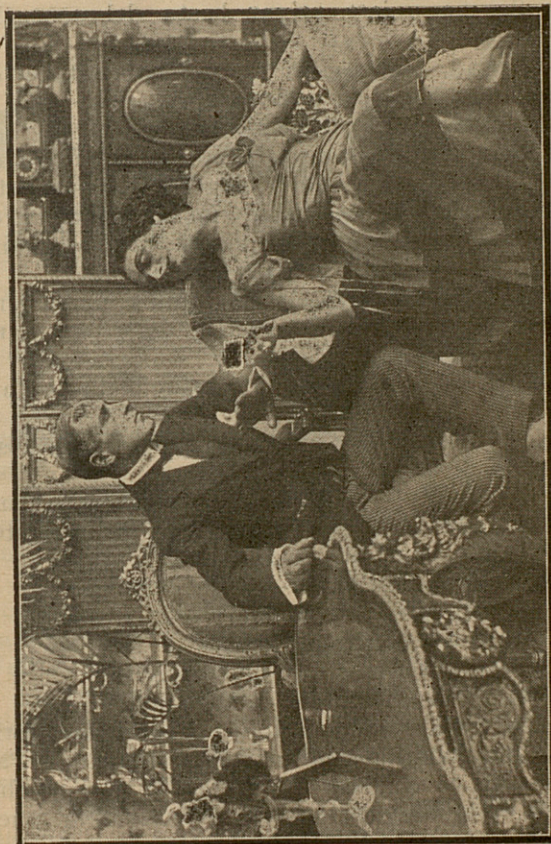
Al día siguiente, el conde leyó en un periódico:

«Uno de los coches que más sobresalieron, llamando poderosamente la atención en la batalla de flores, fué el de la condesa Odette de Clermont-Latour».

Palideció el desgraciado aristócrata; guardóse el periódico temeroso de que leyera su hija aquellas indiscretas líneas, y fué en busca de su amigo Felipe a quien rogó visitara a la condesa para suplicarla que abandonase cuanto antes a Niza.

Cumplió tan delicada misión el fiel amigo.

— Por el bien de vuestra hija — díjola —, debéis imponeros el sacrificio supremo de evitar otro encuentro como el de ayer. La felicidad de Sara, una felicidad que no querréis destruir, exige de vos ese penoso alejamiento.



— Bien, Felipe... partire de esta ciudad.

— ¿Se me quiere privar hasta del consuelo de verla?

— Pensad, condesa, en que vos habéis muerto, quince años ha, para vuestra hija...

Odette se enjugó unas lágrimas.

— Bien, Felipe — dijo, después de reflexionar —; accederé a vuestro ruego, partiré de esta ciudad donde he sido, durante un fugaz momento, dichosa. Pero a condición de que me consintáis abrazar por última vez a mi hija.

— ¿Habéis pensado en las fatales consecuencias en que semejante acto puede tener para Sara y para vos misma?

— Pues sólo así acepto el sacrificio que se me pide.

Felipe informó al conde acerca del infructuoso resultado de sus gestiones.

— Esa mujer — balbuceó Clermont — se empeña en laborar la desventura de un ser inocente.

— ¿Qué resolución pensáis tomar?

— La única posible. Ir yo en persona a ver a la condesa y despejar de una vez la situación.

— Acaso sea contraproducente...

— ¿Porque estimás que no transigirá?

— Porque os afectaréis demasiado...

— No temáis amigo mío — pronunció, rubricando sus palabras con una triste sonrisa. — Para mi hija, la condesa Odette murió hace mucho tiempo... Mi invocación será a su sombra, pues que no es sino el espectro de sí misma.

V

LA casa de Odette había quedado convertida en un infame garito. Triunfaba allí el tapete verde, valiéndose Frontenac de todas sus malas artes para apoderarse del dinero de los contertulios. Únicamente apelando a tan indignos procedimientos podía sostener el aventurero el tren de lujo que permitíanse él y su amante.

Pero alguien sorprendió la vil maniobra de Frontenac, y, sin poderse contener, afirmó, airado:

— ¡Aquí se nos roba el dinero!

Prodújose el escándalo consiguiente. Estalló la indignación, cruzándose insultos y sonando bofetadas.

El jugador ventajista apeló a la fuga, persiguiéndole los que fueron víctimas de sus canalladas.

Y cuando descendían todos, atropelladamente, vociferando, por la escalera, irrumpieron en la casa envilecida por el vicio, el Conde y su amigo Felipe.

Va frente a frente por primera vez, desde la trágica noche en que se derrumbó un hogar, la condesa y su marido, permanecieron ambos un instante en actitud agresiva.

— Te encuentro — dijo al fin Clermont, apenadísimo — al borde mismo del precipicio. Te has arruinado, y la vileza de tu amante no vaciló en arrojar sobre ti el eterno oprobio...

Extrajo de su cartera un fajo de billetes, y depositándolos sobre un muelle, añadió:

— Ahí tienes ese dinero. Puedes, con él, alejarte para siempre de Niza...

Odette, incapaz de sufrir tamaña humillación, rechazó indignada, la limosna de su marido.

— No son monedas — dijo — lo que pedí, sino algo que vale para mí mucho más: estrechar contra mi pecho al ser carne de mi carne.

— ¿Pensaste, acaso, en tu hija, cuando te desviaste?...

— ¡Mi desvío!... ¿Y quién fué el culpable? Pudiste, en aquel momento de ceguera mía, tenderme una mano compasiva y salvarme... No lo hiciste así. Me arrojaste de tu casa, arrebatándome lo que yo tenía en más estima... Ahora me ordenas que salga de esta ciudad, como ayer salí de tu morada... Pues bien; sabe que no me marcharé, sino cuando hayas accedido a concederme lo que reclamo: poder abrazar a mi hija...

— ¡Imposible!

— ¡Piénsalo bien!... No tengas luego que arrepentirte.

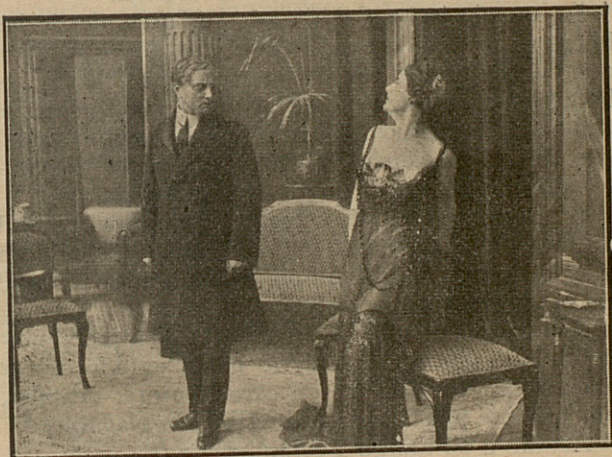
— ¿Me amenazas?...

— No... ¿Cómo es posible que se atreva a amenazar quien se encuentra ya en los últimos peldaños de...! Por lo mismo que me doy perfecta cuenta de mi situación, que sé no tengo derecho a vivir bajo los mismos artesonados que esa criatura, vida de mi vida, sólo pido lo que no puede serme negado...

Clermont estuvo a punto de transigir. Sobre el

honor mancillado, el corazón, movido a piedad, se imponía... ¡Pero no! Aunque él perdonase no podía, ni debía, hacer que se proyectara sobre el candor y pureza de su hija, la sombra de una infamia.

— ¡Imposible! — repitió.



— Ahí tienes ese dinero. Puedes, con él, alejarse para siempre...

Y cogiéndose al brazo de Felipe abandonó la casa en que nunca más volvería a poner los pies.

* * *

Odette se dejó caer, vencida, sobre el terciopelo de un diván.

De sus ojos fluyeron lágrimas ardientes, las lágrimas purificadoras... que son, para el espíritu, como un jordan.

Recorrió con el pensamiento, en veloz carrera, los quince años transcurridos, experimentando, a cada recuerdo que evocaba, un leve temblor que llegábale a la entraña de su corazón.

Reconocía todos sus pasados errores, desde las horas locas vividas, para olvidarse de aquella en que echó a andar por sendas tortuosas, hasta las horriblemente angustiosas al verse sumida en los infectos barrizales. Y sintió en el último repliegue de su conciencia, el dolor profundo que causábale el sólo recuerdo de tanta indignidad...

A su vez, el Conde, experimentaba una piedad infinita hacia la mujer culpable, a quien hubiera querido ver redimida, limpia de toda mancha bajo el peso de la cruz de su pecado.

Acaso a él alcanzaba una parte de aquella culpabilidad...; primero, por no haber sabido evitar que su esposa se fijara en otro hombre; después, por haberse mostrado irreductible, implacable...

Acudió a su amigo Bechamel.

— Un último favor voy a pedirte — le dijo —. Quiero que lles a Odette una carta...

— ¿Te ha tocado, por fin, Dios en el corazón?

— Estoy dispuesto a acceder... Me inspira lástima esa desgraciada.

— ¡Qué bueno eres, Augusto!...

Escribió nerviosamente unas líneas que puso en manos de Bechameil, y luego fué a prevenir a Sara.

— Vendrá a verte una señora — le anunció — que fué amiga de tu madre... La pobre tuvo la desgracia de perder recientemente a una hija de tu misma edad, que se parecía mucho a ti... No te extrañe, pues, si, en su dolor, obsesionada, te habla y acaricia como pudiera hacerlo a su hija...

Poco después hizo su aparición en el hogar de los puros afectos, la condesa Odette, encontrando abrazados a su esposo y a su hija.

La infeliz madre no parecía sino una sombra de lo que fué. El dolor había dejado en su rostro, pálido y profundamente triste, hondas huellas. Carecían de brillo sus ojos y de color sus labios.

Avanzó con paso vacilante, fija la mirada en Sarita y sentóse al borde de una butaca, prodigándole su hija todos los bálsamos del consuelo, esforzándose por hacerla olvidar las torturas de su alma.

■ Odette suplicaba con los ojos, a su marido, que la permitiera llenar de besos la frente de la hermosa criatura, apretujarla con sus brazos contra su corazón.

— Toca un poco el piano, hija mía — dijo el conde —. Esta señora tendrá mucho gusto en oírte.

— ¿De verdad?...

— Sí..., sí —, balbució la condesa.

Y mientras Sara pulsaba suavemente el marfilíneo teclado arrancando al instrumento la melodía de aquella romanza siempre inconcluída, Odette lloraba amargamente, sintiendo partírsele el corazón y saltársele a pedazos...

Luego, sin que el conde lo pudiera evitar, madre e hija, como impulsadas por una misma fuerza secreta, se abrazaron fuertemente, ansiosamente, sin que la emoción intensa que ambas experimentaban, las permitiese balbucir palabra.

Así transcurrieron cinco minutos.

— ¡Gracias! — murmuró Odette, envolviendo a su marido en una mirada toda ternura.

Y, fiel a lo que el Conde le recomendara, la torturada madre abandonó, con paso incierto, para siempre, la morada en que había sido, como nunca, feliz...

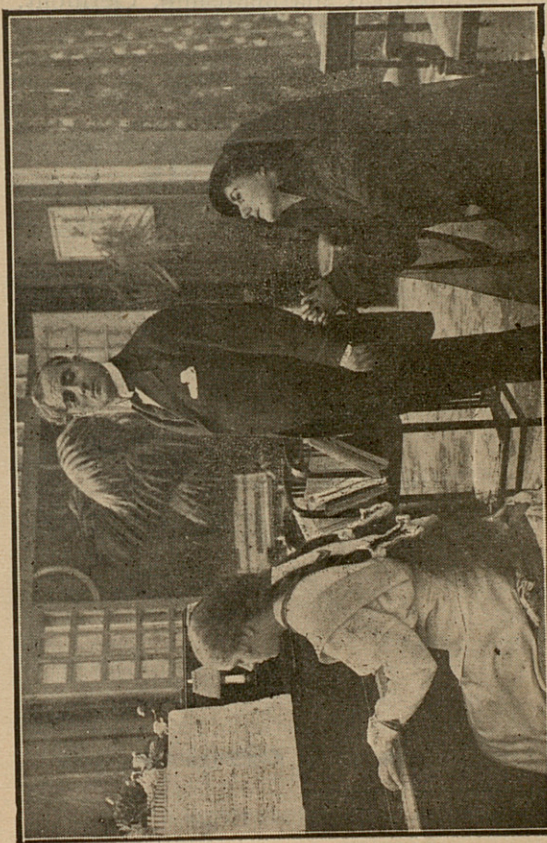
Hundíase el sol en el ocaso, enrojeciendo las sôtiles ondas de aquel lago adormecido, sobre cuyas aguas inventó el conde Clermont la historia de la orfandad de su hija.

Una figura enlutada vagaba, en el silencio augusto del crepúsculo, por las rocas que lamía el líquido elemento.

De pronto oyóse un ruido en el agua; luego un chapoteo como de brazos que quieren de nuevo asirse a la vida... Después... ¡nada! La figura espectral de las negras tocas había desaparecido...

La escena, rápida, fué presenciada, desde un ventanal del castillo donde residía, por Sara. Un grito de horror salió de su garganta.

— ¡Papá!... ¡papá!... — exclamó corriendo, presurosa, en busca de su padre —, Esa señora que acaba de salir...



Y mientras Sara pulsaba suavemente el marfilneo teclado...

— ¡Qué? — interrogó, alarmadísimo, Clermont.

— Que... ¡se ha caído en el lago!...

Acaso pensara el conde, adivinando el sentido trágico de tal resolución: «¡Ha sido su última caída!»...

Cuando padre e hija llegaron al roquedal, era ya cadáver la condesa Odette.

Su marido descubrióse ante los restos de la pecadora, y su hija, arrodillándose, comenzó a rezar.

Pida usted el octavo número de
LA NOVELA GRAFICA
que publica

LA RAZÓN DE LA FUERZA

Adaptación literaria de la película
de aventuras en
dos jornadas
por
MACISTE

Exclusiva:

Repertorio M. de Miguel
LA ARISTOCRACIA DEL FILM
Consejo de Ciento, 292. - Barcelona

013 NGR (9)

